

quiera cómo la Santa Iglesia Primada, no sólo cumplía sin repugnancia ni sospechas de intrusiones regalísticas los mandamientos píos y laudables de D. Felipe, sino que, interpretando su voluntad regia y tan devota, iba más allá de lo que S. M. pedía, ordenando procesiones, súplicas y sacrificios diarios y continuos, hasta que el católico Monarca otra cosa determinaba. Y el hecho solo de poner en oración constante á los pueblos y las ciudades de todo un reino, tan dilatado como el de España entonces, nadie habrá, como no sea la impiedad, que no lo aplauda y admita de buen grado.



CAPITULO V.

I.

FERVOR RELIGIOSO DEL MONARCA AL MORIR.

CON todo lo ya expuesto en los capítulos precedentes habrá notado el lector no faltar razón á quienes apellidan santo en sentido lato y pío al Rey D. Felipe. Porque bien aquilatado cuanto queda dicho sobre la religión y virtudes del gran monarca, resulta hasta falto de peso si se considera lo muchísimo que es menester dejar aún en silencio, porque no resulte voluminosa esta obra. Mas poniendo ahora delante de los ojos algunos otros apuntes y varios documentos tampoco hasta hoy no vistos en letras de molde, donde se refieren acciones ejemplares predicadoras en gran manera del fuego de piedad del Rey Prudente, no procede sino entregarlos al análisis y buen gusto del amante de la historia y al admirador de caracteres grandes, íntegramente españoles y cristianos. Y como el Rey Católico mostró al morir pruebas mayores de su religiosidad extraordinaria, deben quedar aquí grabadas, con las cosas más sobresalientes que acaecieron en su larga enfermedad y muerte. No es menester repetir que varones eminentes, y entre ellos S. Alfonso María de Ligorio, Doctor de la Iglesia, propusieron á la contemplación del alma

cristiana como escuela de terminar bien la vida, la muerte de nuestro monarca ¹.

Ahora sólo diré que allá en los primeros días de Julio, año de 1598, llegó Felipe II á su Real Monasterio del Escorial, para no salir ya más de allí, sino para el Cielo. Venía entónces harto trabajado de sus enfermedades; tanto, que fué menester traerle, durante aquel viaje, en silla de manos, por no poder acomodarse ni marchar de otra manera. Acompañaban á Su Majestad sus augustos hijos el Príncipe heredero y la Infanta Isabel Clara Eugenia ². Fuese agravando de día en día la en-

¹ S. Alfonso María de Ligorio, en su libro excelente que intituló *Preparación para la muerte*, refiere que «Felipe II, rey de España, al morir, mandó llamar á su hijo y descubriendo el pecho todo llagado, le dijo: Príncipe, contempla bien cual estoy muriendo y cual paran y fenece las grandezas de este mundo. ¡Ojalá hubiera sido yo pobre lego de algún convento, y no rey!» Mandó después que le colgasen al cuello, pendiente de cuerda asaz gruesa, una cruz tosca de madera (soy testigo que la conserva aún hoy su cadáver, la tuve en mis manos) y continuó diciendo: «la muerte de los reyes, hijo mio, es como la del último labriego, y al fin quien ha vivido bien es el más favorecido de Dios.» Véase la obra citada del Santo, *Medit.* 13, punto 2.º La misma relación en el fondo escribieron los historiadores contemporáneos por más que difieran en la forma.

Todo esto decía el rey con aquella igualdad de ánimo que no le abandonó jamás; y así enseña bien Vander Hammen, que «en dos diversos accidentes, sucedidos en diferentes tiempos, mostró bien la firmeza de su espíritu, no levantándose insolentemente por la prosperidad ni abatiéndose baxamente con la adversidad. Cuando recibió la nueva de Lepanto fué el uno; creían todos le avian de ver salir de sí de alegría; y no se le conoció en su rostro, ni en sus palabras diferencia alguna de lo ordinario; solo dixo informado bien del sucesso, mucho aventuró D. Iuan. Y quando tuvo aviso de la pérdida de la armada de Inglaterra, lastimosa en todos siglos, fué el otro, en el qual no hizo movimiento alguno, ni se le oyeron más palabras que estas: contra hombres la embie yo, que no contra los vientos y el mar.» Esto no quita el sentimiento grande que le causó, como atrás se dijo. Vander Hammen. *D. Felipe el Prudente, segundo de este nombre*. Fol. 131 vuelto.

² «A los seis días de Julio de este año de 1598 entró el prudentísimo Rey Felipe II en el real monasterio de San Lorenzo, y fué el último viage que hizo á aquella casa y le hizo en una silla de manos, que ya no podía andar de otra manera por sus achaques. Entraron tambien con

fermedad postrera del Monarca; y atrás queda ya insinuado como iba preparándose para morir, ahora recibiendo muchas veces los Santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, ahora besando las reliquias de los Santos, la imagen de Cristo crucificado; y en fin, oyendo continuamente leer y platicar de cosas espirituales al Nuncio de Su Santidad, al Arzobispo de Toledo, á sus confesores y á los religiosos virtuosísimos que permanecían siempre en derredor del lecho real. A su debido tiempo, y porque nada le faltase en el viaje tremendo y espantable de esta vida á la otra, pidió el Rey Católico que le administrasen la Santa Unción. Y con efecto, hallándose aún con la posesión cabal de sus potencias y sentidos, le administró aquel último y augusto Sacramento D. García de Loaysa Girón, Arzobispo de Toledo, queriendo antes, según apuntan los autores, oír leer y comprender bien cuanto se dice por el ministro santo en aquel acto sacramental. Y estaba el Rey tan entero en el juicio, que él mismo dió á entender lo mucho que le había agradado la lectura, y como es sabido, recibió aún después varias veces la Sagrada Eucaristía ¹. Porque se hallaba siempre hambriento de comer aquel pan vivo, alimento de los ángeles y de los hombres, que en todo su reinado le comunicó luz y fuerzas para gobernar por manera recta, manteniendo en el fiel la balanza de la justicia, y volviendo continuamente por los derechos de la Santa Madre Iglesia y la integridad de la patria ². Estaban allí presentes con el Arzobispo de Toledo

Su Mag. el Principe y la Infanta sus hijos: fueron recibidos con las alegrías que otras veces, aunque á poco tiempo se volvieron en llantos, por la muerte y pérdida de tan gran Rey, que hasta aora dura, y se siente en los corazones.» P. Santos, cap. XV, lib. I. pág. 65.

¹ Véase la *NUEVA LUZ*, parte primera, cap. XVI.

² Véase la tercera parte de la *Crónica de la Orden de San Jerónimo*, por el P. Sigüenza, págs. 682 y 683; Madrid, 1605.

El temor de Dios que es principio de sabiduría, hallábase siempre muy grabado en el corazón del Monarca. Y muéstralo muy bien con aquellas ordenes ó constituciones que puso al ejército marino conquistador de las islas Azores, donde se explicaba así: «Y supuesto que el fin de las leyes y constituciones bien ordenadas, es que Dios con culto decente sea reverenciado; pues el arte de la guerra está en obedecer á Dios, y armas sin Dios no vencen; y con el miedo de las penas se refre-

muchos personajes y varones discretos, de quienes anduvo rodeado S. M. por toda la vida. Entre ellos se deben mencionar el confesor que entonces tenía, el V. P. Fr. Diego de Yepes, de quien después, más largamente, se hará mérito: el Mtro. Fr. Gaspar de Córdoba, que era á la sazón, confesor del príncipe D. Felipe, luego rey, tercero de este nombre: Fr. Andrés de la Iglesia, también religioso muy probado en virtudes y saber, que desempeñaba el cargo de confesor de la susodicha Infanta Isabel, y Fr. García de Santa María, Prior en aquellos días del Real Monasterio de San Lorenzo, muy estimado y distinguido en el ánimo de Felipe II. Todos estos hijos preclaros de la Orden de San Jerónimo se esmeraron y trabajaron mucho, sirviendo al augusto enfermo de mil maneras, y singularmente con oraciones y pláticas espirituales ¹.

Tampoco faltaron de la real cámara D. Juan de Guzmán, que era sumiller del Oratorio de Felipe II, y el cual, anteriormente había desempeñado por modo satisfactorio el cargo de limosnero mayor de la Reina: D. Manuel de Losa, Capellán de Felipe II, y como versadísimo en ritos y ceremonias, maestro de ellas en la Capilla real de aquel monarca; Fr. Gaspar de León, vicario entonces del susodicho real monasterio. Entre todos ellos acudió presuroso, á la morada de D. Felipe, que tanto había frecuentado, el cronista insigne, orientalista, clásico, sabio, virtuosísimo, Fr. José de Sigüenza, quien dejó también escrito con rara elocuencia y sencillez cuanto acaeció

nan los atrevimientos de los hombres, y que la inocencia entre los malos biva con seguridad, y la insolencia de los atrevidos y el uso que tienen de delinquir, se dome con el espantoso castigo, comienza de esta suerte la primera orden..... Impreso escurialense, a-4-10.

¹ Lic. Cervera de la Torre, *Testim. Auténtic.*, pág. 108. El Licenciado Porreño refiere también lo que confirmó después S. Alfonso María de Ligorio; pero con estas palabras que el moribundo dirigió á su hijo: «Intención tuve de mandaros volver á Madrid con vuestra hermana y que no os hallarades presente á estos trabajos; después mudé de parecer por esto..... Ruegos mucho que cuando os vieredes en la felicidad y gloria de este mundo, os acordeis desta cama en que me veis, y destos trapos, ataud y mortaja en que para toda la gloria del mundo.....» *Dichos y Hechos*, pág. 16.

en la muerte del Monarca español ¹. Vinieron asimismo para asistir al Arzobispo, Fr. Bartolomé de Santiago, Sacristán mayor del monasterio, con su hermano de religión, Fr. Martín de Villanueva. Muchas otras personas principales y poderosas presenciaban de rodillas la ceremonia de la Santa Unción; y no deben quedar en silencio el conde de Alba de Lista, que fué mayordomo mayor de la reina Doña Margarita de Austria; el Marqués de Velada, mayordomo mayor de Su Majestad, moviéndose mucho, entre todos, D. Cristóbal de Mora, Camarero Mayor del Rey Prudente; de quien, al decir de los historiadores, no se apartaba un punto, permaneciendo siempre á la cabecera del augusto paciente y sirviéndole en todo con verdadero amor y celo. Véanse allí igualmente los condes de Fuensalida y el de Chinchón, también mayordomos de Felipe II, y servidores entrambos de gran lealtad, como el último supo probar cumplidamente, satisfaciendo á cargos que se le hicieron, relativos á las célebres alteraciones de Aragón ². El comendador mayor León que era además caballero mayor de S. M. la Reina, don Juan de Idiaquez, contemplaba de igual manera, conmovido el ánimo cómo administraban á su rey y señor la Unción Santa. En igual actitud ofrecen allí presentes los autores contemporáneos á los caballeros nobles y famosos D. Antonio de Toledo, don Hernando de Toledo, D. Enrique de Guzmán, D. Francisco de Rivera, D. Pedro de Castro y Bobadilla y otros gentiles hom-

¹ «Juan de Guzman sumiyer del oratorio de Su Mag. y limosnero mayor de la reina nuestra señora, Manuel de Losa su capellan y maestro de ceremonias de la real capilla, Fr. Gaspar de Leon..... Fr. José de Sigüenza predicador de la dicha casa, persona muy religiosa y de grandes letras.» *Testim. Auténtic.*, Disc. III.

² *Memorial de la visita contra D. Diego Fernández de Cabrera y Bobadilla, Conde de Chinchón, tesorero general de los reinos de la corona de Aragón*, sin pié de imprenta. Véase allí el sumario de los siete puntos, y también los cargos y satisfacción dada justa y religiosamente á ellos. Fueron éstos 21 y otras tantas las respuestas é satisfacciones. Este *Memorial* es muy raro y sólo se custodia en alguno que otro archivo particular. Yo conservo una copia que para mi uso se me permitió sacar, y es cosa cierta que el noble Conde responde, á mi ver, muy victoriosamente á las acusaciones todas de sus émulos ofreciendo datos preciosos para juzgar las célebres alteraciones aragonesas.

bres de la real cámara de nuestro Monarca. Y como testigo juramentado que aparece en el *Testimonio Auténtico*, de Cervera de la Torre, merece también particular recuerdo Juan Ruiz de Velasco, secretario de la Reina y persona muy íntima, leal, fidelísima del Rey Católico.

La enfermedad seguía su curso, y se agravaba cada día más el Prudente Monarca; y se ha de notar que, según los testigos de vista, parecía tener el augusto enfermo conocimiento previo y especial de la hora de su muerte. Porque atacado de accesos muy fuertes, le creían cuantos allí estaban, en el último punto de la vida: y así ofreciéndole D. Fernando de Toledo la candela para agonizar, no la quiso recibir, alegando, con mucha dulzura, que aún no era tiempo. Mas, después, á las tres de la madrugada se la tornó á ofrecer el dicho D. Fernando, y entonces alzó los ojos el Rey, y mirándole con rostro de mucha suavidad, se sonrió y le recibió la vela con estas palabras: «Dad acá que ya es tiempo»¹. El Doctor Juan Gómez de Sanabria declaró con juramento ante la autoridad eclesiástica del Arzobispado de Toledo, que era cosa en verdad no vista y de mucha admiración, contemplar entonces en el Rey grande sosiego, quietud de ánimo y una conformidad extraordinaria con la voluntad de Dios, y que en su rostro manifestaba bien el regocijo grande que inundaba su alma, así como la tranquilidad envidiable de su conciencia. Añadió, con la misma gravedad, no haber leído que nadie tan próximo de la muerte haya manifestado, con la sonrisa en los labios, que su fin ó tránsito le era en sorprendente manera satisfactorio. La cual muerte, sólo por sí bastaba para creer ciertísima y segura la salvación del Monarca². Quiso

¹ *Testim. Auténtic.*, de Cervera de la Torre, pág. 125.—*Cronic.*, por el P. Sigüenza, lib. III, pág. 653. También este P. Cronista afirma, como allí presente, que el Rey sonrió al tomar la candela que era de Monseñor, y añade: «no es aquel tiempo de risa para los tristes que no buscaron otra cosa en esta vida, sino gustos, mas para aquellas dichas almas que usaron de los oficios y dignidades y de las cosas de este mundo como si no usaran: estos se rien en este punto y en él se comienza su alegría por las señas y prendas que reciben de su descanso.» *Ibid.*

² «Y tornándose la á dar el mesmo D. Fernando á las tres de la mañana (habiasela querido dar á media noche) alzando Su Mag. los ojos

también tan piadosísimo Príncipe que los ministros de Dios le recomendasen el alma antes que se le apagase la facultad de entenderlo. A lo cual accedieron al punto: y así el Prior de aquel real monasterio de rodillas con cuantos allí se hallaban, tomó el manual romano y leyó á S. M. la recomendación del alma con gravedad y devoción. Escuchóla muy atentamente D. Felipe, y se manifestó muy satisfecho de haberla oído¹.

II.

CONTINUACIÓN DE LO MISMO.

No hay duda sino que la paz del alma y de conciencia con que acababa esta vida D. Felipe el Prudente, fué como recompensa ó premio del Cielo por haberla sabido emplear, toda entera, en defender el reino de Cristo y acrecentar por todas las vías los intereses de la Iglesia y de la verdad católica. No es

le miró riendose, y le tomó la vela diciendo: «Dad acá que ya es tiempo.» Es mucho de ponderar segun testimonia el dicho doctor Juan Gomez de Sanabria la prudencia e ygualdad de animo de S. Mag. y la conformidad que tuvo con la voluntad del Señor, pues solas dos horas antes que espirasse se rió, y mostró la alegría que tenia en su corazon (testimonio grande de su buena conciencia) cosa no vista: ni se ha leydo que nadie lo hiciesse tan cercano á la muerte, la qual fue tan excelente y tan christiana, que ella sola bastava para tener por muy cierta su salvacion.» *Testim. Auténtic.*, de Cervera de la Torre; pág. 125: Sigüenza: lib. III, pág. 684.

¹ *Testim. Auténtic.*, pág. 127. *Sigüenza*, obra y lugar citados: *Nueva Luz*, cap. XVI. No más de diez años ántes la piedad y fe del rey se manifestaba diciendo así al Cabildo Primado: «al Arzobispo escribo lo que vereis por la copia de su carta que va con esta porque os ruego y encargo mucho que ayudando de vuestra parte á suplicar á nuestro Señor en la misma conformidad se multipliquen las plegarias y oraciones, ayudándole con algunas procesiones generales y particulares y con los buenos medios que os pareciere, y de que se pongan ansi en execucion con el celo y cuidado que soleis me tendré por muy servido. De S. Lorenzo á 5 de Mayo de 1588 años. Yo el rey, Por mandado..... Juan Vázquez. Archivo particular del Cabildo.